

convite en el qual recibimos á Dios (1). El mismo nombre de convite nos dice el alegría y contento y la abundancia y hartura que hay en él. ¡Oh sagrado convite, en el qual se nos refresca la memoria de su Pasion: de aquel esceso de amor con que Dios nos amó, entregándose por nosotros á la muerte, y muerte de cruz! ¡Oh sagrado convite, en el qual nuestra alma se harta y queda llena de gracia! ¡Oh sagrado convite, en el qual se nos dá una prenda de la gloria, y tal, que no es cosa distinta de lo que nos han de dar despues, como lo suelen ser acá las prendas, sino el mismo Dios, que ha de ser nuestro premio y galardón, se nos dá por prenda en este soberano convite: salvo, que aqui nos sirven á plato cubierto, y en aquel convite y cena de la gloria nos servirán á plato descubierto!

Pues la escelencia de tan alto Sacramento y la magestad tan grande del Señor que habemos de recibir, pide que la disposicion y preparacion para eso sea muy grande. Tratando el Real Profeta de edificar el templo de Jerusalem, decia: "Grande cosa es esta, porque no tratamos de preparar morada para hombres, sino para Dios (2)." Y habiendo preparado gran cantidad de oro, plata, vasos y piedras preciosas, todo le parecia nada. Y todo esto era para el templo, donde se habia de poner el arca, y en ella el maná, figura de este divino Sacramento. Pues qué será de la preparacion del templo y morada en que habemos de recibir al mismo Dios en persona, que tanto habia de ser mayor quanto excede lo figurado á la figura y lo vivo á lo pintado?

Y fuera de lo que se debe á la magestad de tan gran Señor, á nosotros nos im-

(1) O sacrum convivium, in quo Christus sumitur, recofitur memoria Passionis ejus, mens impletur gratia, et futurae gloriae nobis pignus datur.

(2) Opus namque grande est: neque enim homini praeparatur habitatio, sed Deo. I. Paralip. XXIX, 1.

porta mucho ir muy preparados para recibir este Santísimo Sacramento; porque cual fuere la preparacion y disposicion que lleváremos, tal será la gracia que recibiremos: como el que va á coger agua de la fuente, tanta coge, cuan grande vaso lleva. Y para que se entienda mejor lo que queremos decir en esto, notan aqui los teólogos que no solamente recibe uno mayor gracia por el mayor mérito de los actos y buenas obras con que se llega á recibir el Sacramento que llaman *Ex opere operantis*, (y es modo de hablar del Concilio Tridentino) (1), sino la gracia sacramental que fuera de esto da de suyo el Sacramento por privilegio é institucion divina, que llaman *Ex opere operato*. Será mayor, quanto mayor fuere la disposicion con que nos llegáremos á él; porque obra Dios las obras de gracia conforme á las de naturaleza, y en lo natural vemos que todas las cosas obran conforme á la disposicion que hallan en los sujetos; asi el fuego luego se enciende en la leña seca; mas si no lo está, mas tarde se encenderá; de modo, que segun fueren los grados de la sequedad, asi será la operacion del fuego. Pues á este modo es tambien en este divino Sacramento. Y asi, por todas partes nos importa mucho llegarnos á él muy preparados.

CAPITULO IV.

De la limpieza y puridad, no solo de pecados mortales, sino tambien de veniales é imperfecciones, con que nos habemos de llegar á la Sagrada Comunión.

Tres cosas principales trataremos aqui: la primera, de la disposicion y preparacion que se requiere para llegar á recibir este divino Sacramento; la segunda, de lo que habemos de hacer despues de haberle reci-

(1) Concilium Trident. ses. 7, cap. 8.

bido y cuál ha de ser el hacimiento de gracias; la tercera, qué es el fruto y provecho que habemos de sacar de la sagrada Comunión. Y comenzando de lo primero: la disposicion y preparacion que para esto se requiere, es mucho mayor que para los demas Sacramentos; porque quanto son mas escelentes los Sacramentos, tanto piden mayor preparacion y pureza para haberlos de recibir. Y asi, algunos Sacramentos hay que, para recibirse dignamente, basta tener dolor y arrepentimiento verdadero de los pecados, sin ser necesaria la confesion; mas este divino Sacramento es de tanta dignidad y escelencia, por estar en él encerrado el mismo Dios, que demás de lo dicho pide otro Sacramento, que es el de la confesion, quando precedió algun pecado mortal. De manera, que no basta llegarse con dolor y contricion, sino es menester que preceda la confesion, como lo determinó el Concilio Tridentino (1), conforme á aquello del Apóstol S. Pablo: "Pruébese á sí mismo el hombre y beba asi de aquel Cáliz y de aquel Pan coma (2)." Las cuales palabras declara el Concilio de esta manera: que es menester que vaya uno probado y examinado con el examen y juicio de la confesion. Esta disposicion y preparacion es necesaria á todos los cristianos, so pena de pecado mortal, y basta ella para recibir gracia en el Sacramento.

Mas: aunque sea verdad que por los pecados veniales, y por otras faltas é imperfecciones que no llegan á pecado mortal, no pierde el hombre del todo el fruto de este Santísimo Sacramento, sino que recibe aumento de gracia, como dicen los teólogos; pero pierde aquel fruto copioso y abundante de gracias y virtudes, y otros efectos admirables que suele él obrar en las

almas mas limpias y devotas; porque aunque los pecados veniales no quitan la caridad, amortiguan su fervor y disminuyen la devocion, que es la mas propia disposicion que para este divino Sacramento se requiere. Y asi, si queremos participar del copioso fruto de que suelen gozar los que se llegan á comulgar como deben, es menester ir limpios, no solo de pecados mortales, sino tambien de los veniales. Y asi, el mismo Jesu- cristo nos enseñó esta disposicion con aquel ejemplo de lavar los pies á sus discípulos antes de comulgarlos (1), dándonos á entender, como dice San Bernardo (2), la limpieza y puridad con que nos habemos de llegar á este Santísimo Sacramento; no solo de pecados mortales, sino tambien de veniales, que es el polvo que se nos suele pegar á los pies.

San Dionisio Areopagita dice (3) que no solo de los pecados veniales, sino tambien de las demas faltas é imperfecciones pide el Señor limpieza con este ejemplo: *Exigit, dice, extremam munditiam*. Y trae á este propósito aquella ceremonia santa que usa la Iglesia en la misa, de lavarse el sacerdote las manos antes de ofrecer aquel sacro santo Sacrificio. Y pondera muy bien que no se lava todas las manos, sino solamente las estremidades de los dedos, para significar que no solamente habemos de ir limpios de los pecados graves, sino tambien de los ligeros y de las faltas é imperfecciones. Si allá Nabucodonosor mandó que escogiesen niños puros, limpios y hermosos (4), para darles y mantenerles de los manjares de su mesa; cuánta mayor razon será que, para llegarnos á esta Mesa Real

(1) Coepit lavare pedes discipulorum. Joann. XIII, 5.

(2) Bern. serm. de Coena Domini.

(3) D. Dionis. cap. 3 de Eccles. hierar.; et S. Thom. 3. p. quaest. 83, art. 5 ad 1.

(4) In quibus nulla esset macula. Dan. I, 4.

(1) Concilium Trident. sess. XIII, cap. 7.
(2) Probet autem se ipsum homo, et sic de pane illo edat, et de calice bibat. I. ad Cor. XI, 28.
(3) del C., tomo XV.—II.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. II.

y Divina, vayamos con gran limpieza y pureza! Al fin, es Pan de ángeles, y así nos habemos de llegar á él con pureza de ángeles.

Pedro Cluniacense cuenta (1) de un sacerdote, en una parte de la Alemania que llaman de los Teutones, que habiendo primero sido de buena y santa vida, despues vino á caer miserablemente en cierto pecado deshonesto, y añadiendo pecados á pecados, se atrevia á llegar al altar y decir misa, sin haberse enmendado ni confesado; que este suele ser engaño de algunos que han vivido bien, que cuando les acontece alguna cosa vergonzosa, no se atreven á confesarla, ni á dejar de comulgar, por no perder la opinion y crédito que antes tenían: ciégales la soberbia. Quiso Dios castigarle piadosamente como Padre, con una cosa que le hizo abrir los ojos, y fué, que al tiempo de consumir, teniendo á Cristo en sus manos, se le desapareció de ellas: y de la misma manera el Sanguis se desapareció del Cáliz, quedando aquel dia sin comulgar y no poco espantado. Esto mismo le acaeció otras dos veces en que quiso volver á decir misa, por ver si Dios nuestro Señor mostraba la misma señal de indignacion con él que la primera. Y con esto conoció cuán grandes eran sus pecados y con cuánta razon tenia provocada contra sí la ira de Dios. Y lleno de muchas lágrimas se fué á los pies de su obispo, y con gran sentimiento y dolor le contó lo que le habia acaecido, confesó con él y recibió de su mano la penitencia que merecia de ayunos, disciplinas y otras asperezas, en las cuales se ejercitó mucho tiempo sin atreverse á llegar á celebrar, hasta que su prelado y pastor se lo vino á mandar ó dar licencia, quando le pareció que

(1) Petrus Cluniacensis, lib. 1 de miracul., cap. 2.

ya habia bastantemente satisfecho á Dios por sus pecados. Y fué cosa maravillosa la que le acaeció en la primera misa que dijo; que despues de haber dicho la mayor parte de ella, con grandísimo sentimiento y lágrimas, queriendo consumir, súbitamente se le aparecieron delante las tres Hostias que antes por su indignidad se le habian desaparecido, y en el Cáliz halló toda aquella cantidad del Sanguis, queriendo con esta tan evidente señal mostrarle el Señor cómo ya sus pecados eran perdonados. Quedó muy agradecido á esta misericordia del Señor, y con mucha alegría recibió tambien las otras tres Hostias, y de allí adelante perseveró en muy perfecta vida. Este caso dice Pedro Cluniacense que se le contó el obispo de Caramonte delante de muchas personas. Cesario en sus Diálogos cuenta otro ejemplo semejante (1).

CAPITULO V.

De otra disposicion y preparacion mas particular con que nos habemos de llegar á este divino Sacramento.

Para gozar cumplidamente de los frutos admirables que trae consigo este divino Sacramento, dicen los Santos y maestros de la vida espiritual que nos habemos de procurar preparar con otra disposicion mas particular, que es con actual devocion. Y así declararemos aquí qué devocion ha de ser esta y cómo la despertaremos en nosotros. Para esto dicen que nos habemos de llegar á la Sagrada Comunión: lo primero, con grandísima humildad y reverencia; lo segundo, con grandísimo amor y confianza; lo tercero, con grande hambre y deseo de este Pan celestial. A estas tres cosas se pueden reducir todas las maneras de afectos

(1) Cesarius, lib. 2, dialog., cap. 5.

tos con que podemos despertar la actual devocion, así antes de recibir este Santísimo Sacramento, como al tiempo de comulgar y tambien despues de la Comunión. Y están llenos los libros de consideraciones á este propósito, muy buenas y muy bien dilatadas; y así, solamente tocaremos algunas de las mas ordinarias que suelen ser las mas provechosas, abriendo el camino para que sobre ese fundamento pueda cada uno discurrir por sí; porque eso le moverá mas y le será de mas provecho, conforme á la doctrina que de esto tenemos en el libro de los Ejercicios Espirituales (1).

Pues lo primero, habemos de llegar á este Santísimo Sacramento con grandísima humildad y reverencia, la cual se despertará en nuestra ánima, considerando por una parte aquella Soberana Magestad y grandeza de Dios que verdadera y realmente está en aquel Santísimo Sacramento, y es el mismo Señor que con sola su voluntad crió, conserva y gobierna los cielos y la tierra, y con sola ella lo puede todo aniquilar; en cuya presencia, los ángeles y mas altos serafines encogen las alas, tiemblan y se estremecen con profundísima reverencia, segun aquello de Job: "las columnas del cielo tiemblan y se espantan á una seña suya (2);" y por otra parte, volviendo luego los ojos á nosotros mismos, mirando nuestra bajeza y miseria. Y así, unas veces nos podemos llegar con el corazon de aquel publicano del Evangelio, que no osaba acercarse al altar, ni alzar los ojos al cielo, sino de lejos, con mucha humildad, heria sus pechos, diciendo: "Señor, habed misericordia de mí, que soy gran peccador (3)." Otras veces nos podemos llegar

(1) S. P. N. Ignatius, lib. Exercit. spirit. in annotationibus in principio positis, annotat. 2.
(2) Columnae caeli contremiscunt, et pavent ad natum ejus. Jobi XXVI, 11.
(3) Deus propitius esto mihi peccatori. Luc. XVIII, 13.

con aquellas palabras del hijo pródigo: "Señor, pequé contra el cielo y contra vos, ya no merezco llamarme hijo vuestro; recibidme como á uno de los jornaleros de vuestra casa (1)." Otras, con aquellas palabras de Santa Isabel: "¿De dónde esto á mí, (2)?" como dijimos arriba (3). Será tambien muy bueno considerar con atencion aquellas palabras que tiene instituidas la Iglesia para el tiempo de comulgar, tomadas del Sagrado Evangelio: "Señor, no soy digno que entreis en mi morada, mas decid con vuestra palabra y quedará sana mi alma (4)." Señor, no soy digno; pero por eso me llevo para que vos me hagais digno. Señor, flaco soy y enfermo; pero por eso me llevo, para que vos me saneis y me esfuerceis; porque, como vos digistes (5), no tienen los sanos necesidad de médico, sino los enfermos, y para eso señaladamente venistes vos.

Eusebio, escribiendo la muerte de San Gerónimo, que se halló á ella y fué su discípulo, dice que, estando para recibir este Santísimo Sacramento, admirado por una parte de la magestad y bondad inmensa del Señor, y volviendo por otra parte los ojos á sí, decia: "¿Cómo, Señor, os humillais ahora tanto que quereis venir y descender á un hombre publicano y peccador, y no solo quereis comer con él, sino que mandais que él os coma á vos (6)?" En el libro segundo de los Reyes cuenta la Sagrada Escritura que dijo David á Mifiboset, hijo de Jonatás: "Tú comerás siempre á mi mesa (7)." Respondió él: "¿Quién soy

(1) Luc. XV, 18.
(2) Et unde hoc mihi? Lucae I, 43.
(3) Cap. I.
(4) Domine non sum dignus, ut intres sub tectum meum; sed tantum dic verbo, et sanabitur anima mea. Matth. VIII, 8.
(5) Matth. IX, 12.
(6) Cur nunc tantum te humilias, ut pelleris ad hominem descendere publicanum, ut peccatorem et non solum cum illo manducare vis, sed te ipsum manducari ab illo jubes? Hieron.
(7) Tu comedes panem in mensa mea semper. II. Reg. IX, 7.

yo, para poner los ojos en mí, sino como un perro muerto (1)?” Si dice esto Mifiboset, por verse convidado á la mesa de un rey; ¿qué será bien que diga un hombre convidado á la mesa de Dios? Ya que no podemos llegar á este divino Sacramento con la disposicion que él merece, suplámoslo con humildad y reverencia, y digamos con el Real Profeta y con el Santo Job: “¿Quién es, Señor, el hombre, para que le visiteis y magnifiqueis y engrandezcaís tanto (2)?” Con razon se admira y canta la Iglesia: “¡Oh cosa admirable, que el siervo pobre y bajo reciba en su boca y en su pecho á su Dios (3)!”

Lo segundo, habemos de llegar á este Santísimo Sacramento con grandísimo amor y confianza; y para avivar este afecto en nosotros, habemos de considerar la bondad y misericordia y amor infinito del Señor, que tanto aquí resplandece, como al principio dijimos (4). Porque ¿quién no amará á quien tanto nos amó? ¿Quién no confiará en quien tanto bien nos hizo? El que nos dió á sí mismo, ¿qué no nos dará? Dice muy bien San Crisóstomo: “¿Qué pastor hubo que apacentase sus ovejas con su propia sangre? ¿Y qué digo pastor? Muchas madres hay que despues de los dolores del parto, entregan á sus propios hijos á otras mujeres que les den leche y los crien; mas esto no lo consintió él, sino con su propia Sangre nos mantiene, y uniéndonos consigo nos realza y ennoblece y hace crecer en todo (5).”

(1) Quis ego sum servus tuus, quoniam respexisti super canem mortuum similem mei? *Ib.*

(2) Quid est homo, quod memor es ejus; aut filius hominis, quoniam visitas eum? *Ps. VIII, 5.*— Quid est homo, quia magnificas eum? *Job. VII, 17.*

(3) O res mirabilis, manducat Dominum pauper servus, et humilis. *Eccl.*

(4) *Cap. 1.*

(5) Quis pastor oves proprio pascit cruore? Et quid dico pastor? Matres multae sunt, quae post partus dolores, filios aliis tradunt nutricibus; hoc autem ipse non est passus; sed ipse nos proprio sanguine pascit,

La tercera cosa que pide este Santísimo Sacramento, es que nos llegemos á él con grande hambre y deseo. «Este pan, dice San Agustín (1), busca la hambre del hombre interior.» Asi como el manjar corporal entonces parece que entra en provecho, cuando se come con hambre; asi tambien este divino manjar nos entrará en grande provecho, si va el alma á él con grande hambre, ansiosa de unirse con Dios y de alcanzar algun don y merced particular. “Al ánima hambrienta harta Dios de bienes (2)” Y lo mismo dijo la Santísima Reina de los Angeles en su Cántico: “A los hambrientos llenó de bienes (3).” Para despertar esta hambre y deseo en nuestras almas, nos ayudará considerar, por una parte, nuestra grande necesidad, y por otra, los efectos admirables que obra este Santísimo Sacramento. Asi como cuando Cristo nuestro Redentor andaba acá en el mundo, á todos los que llegaban á él los sanaba de todas sus enfermedades, y no se lee que alguno le pidiese salud y se la negase: llegó á él aquella mujer que padecia flujo de sangre, tocó el ruedo de su vestidura, y luego quedó sana; llegó á sus pies aquella pecadora del Evangelio, y quedó perdonada; llegaban á él los leprosos, y quedaban limpios; llegaban á él los endemoniados, los ciegos, los paralíticos, y todos quedaban buenos y sanos; “porque salia de él virtud que los sanaba (4).” Asi hará tambien en este Santísimo Sacramento, si llegamos con esta hambre y deseo, pues es el mismo que entonces y no ha mudado de condicion.

et per omnia nos sibi coaugmentat. *Chrys. hom. 60, ad populum, et hom. 83 in Matth.*

(1) Panis iste esuriem quaerit hominis interioris. *Aug.*

(2) Et animam esurientem satiavit bonis. *Ps. CVI, 9.*

(3) Esurientes implevit bonis. *Luc. I, 53.*

(4) Quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. *Luc. VI, 19.*

CAPITULO VI.

En que se ponen otras consideraciones, y modos de prepararse para la Sagrada Comunion, muy provechosas.

Entre otras consideraciones con que nos podemos preparar para la Sagrada Comunion, es muy propia la memoria de la Pasion, considerando aquella inmensidad de amor con que el Hijo de Dios se ofreció por nosotros en la cruz: porque una de las razones principales por que Cristo nuestro Redentor instituyó este Divino Sacramento, fué para que tuviésemos siempre presente y viva en la memoria su Pasion, y asi nos mandó que cada vez que le celebrásemos, nos acordásemos de ella: “Haced esto en memoria mia (1).” Y nos lo repite el glorioso Apóstol San Pablo: “Cuántas veces comiereis este pan, ó bebiereis este Cáliz, anunciareis la muerte del Señor (2).” Y asi S. Buenaventura aconseja mucho esta devocion; que cada vez que vamos á comulgar, consideremos un paso de la Pasion. Y él dice que usaba hacerlo asi y que con esto su ánima se derretia en amor de Dios (3). El bienaventurado San Crisóstomo dice que el que llega á comulgar, ha de hacer cuenta que todas las veces que comulga pone la boca en aquella preciosa llaga del costado de Cristo, y chupa su Sangre, participando de todo lo que él nos ganó con ella. Santa Catalina de Sena cada vez que comulgaba hacia cuenta que iba, como cuando era niña, al pecho de su madre. Otros, como este Soberano Sacramento es memoria de la Pasion de Cristo, imaginan á Cristo crucificado, y hacen calvario de su corazon, y

fijan alli la cruz del Señor, y abrazándose con ella, recogen en sí las gotas de Sangre que por ella caen. Otros hacen cuenta que se hallan en aquella cena que cenó Cristo nuestro Redentor con sus discipulos la noche de su Pasion, como si estuvieran alli sentados entre los Apóstoles y que reciben de su mano su sagrado Cuerpo y Sangre. Y esta no es solamente consideracion y representacion de aquella Cena, sino en realidad de verdad esta es aquella misma mesa, el mismo convite; y el mismo Señor, que dió entonces su Cuerpo y Sangre á sus Apóstoles, él mismo nos le dá ahora á nosotros por ministerio de los sacerdotes y con el mismo amor que entonces lo dió.

Tambien es muy buena preparacion ejercitarse en la consideracion de los puntos siguientes: lo primero, quién es el Señor que viene, que es el Criador de todas las cosas, Rey y Señor de los cielos y tierra, Dios de infinita Magestad y perfeccion. Lo segundo, á quién viene, que es á mí que soy polvo y ceniza y que muchas veces le he ofendido. Lo tercero, á qué viene, que es á comunicarme el fruto de su Pasion y los dones preciosísimos de su gracia. Lo cuarto, qué le mueve á venir, que es, no su interés, porque es Señor de todas las cosas y no tiene necesidad de nadie, sino puro amor y deseo de que mi alma se salve y esté siempre acompañada de su gracia. Lo quinto, se ha de ejercitar uno en los actos de las tres virtudes teologales, fé, esperanza y caridad.

Y porque nosotros no podemos dignamente prepararnos para recibir este Señor si él no nos lo da, habémosle de pedir que él disponga y atavie nuestra alma con la humildad, limpieza, amor y reverencia que conviene, alegando para ello aquella razon comun: «Señor, si un rey poderoso y rico se hubiese de hospedar en casa de una viu-

(1) Hoc facite in meam commemorationem. *Luc. XXII, 19.*

(2) Quotiescunque manducabitis panem hunc, et calicem bibetis, mortem Domini annunciabitis. *I. ad Cor. XXI, 24 et 26.*

(3) Liquefiebat anima ejus. *D. Bonav. de preparatione ad missam, c. 6, et in fasciculario, c. 8. Cant. V, 6.*

da pobre, no esperaríá que ella le aderezase el palacio donde habia de reposar, sino enviaria delante su recámara y criados que lo aderezasen. Pues hacedlo Vos así con mi alma pobre, pues venís á hospedaros en ella; enviad, Señor, vuestra recámara delante y vuestros ángeles para que aderecen y adornen esta posada, que tan sucia ha estado y tan llena de telarañas de pecados, y la hagan digna morada vuestra. Y volviéndonos á la Soberana Virgen y á los Santos, nuestros devotos, pidámosles con humildad nos alcancen el cumplimiento de esta petición.

Fuera de estas preparaciones, añadiremos aquí una muy fácil y muy provechosa, y de mucho consuelo para todos. Cuando no llegáredes á tener aquel fervor y aquellos deseos encendidos que querriades y era razón tener para recibir tan gran Señor, ejercitaos en tener gran voluntad y deseo de tener estos deseos, y con eso supliréis lo que os falta; porque Dios mira el corazón, y recibirá y aceptará lo que deseais tener como si lo tuviédeses, conforme á aquello del Profeta: "El deseo de los pobres oyó el Señor; la preparación de sus corazones oírá tu oído (1)." Esta devoción y preparación, dice Blosio (2), que enseñó Dios á Santa Matilde. Dijole una vez el Señor: "Cuando has de recibir la Sagrada Comunión, desea, á gloria de mi nombre, tener todo el deseo y amor con que ardió algún tiempo para conmigo el mas encendido corazón, y de esta manera te puedes llegar á mí; porque pondré yo los ojos en aquel amor, y lo recibiré conforme á como deseas tenerlo." Lo mismo se lee de Santa Gertrudis (3). Estando esta Santa un día

(1) Desiderium pauperum exaudivit Dominus; praeparationem cordis eorum audivit auris tua. Ps. IX, 38.
 (2) Ludovicus Blosius, c. 6; *Monitis spiritualis*.
 (3) Blosius, ubi supra.

para recibir el Santísimo Sacramento, como recibiese mucha pena por no estar tan preparada, rogó á la gloriosa Virgen María y á todos los Santos que ofreciesen á Dios por ella toda la preparación y merecimientos con que cada uno de ellos se habia preparado algún dia para recibirla; por lo cual la dijo el Señor: "Verdaderamente que delante de los cortesanos del cielo pareces con aquel aderezo que pediste (1)." De manera que será muy buena disposición y preparación desear llegar á recibir este Santísimo Sacramento con aquel fervor y amor con que los grandes Santos se llegaban á él, y desear y pedir al Señor que lo que á nosotros nos falta, lo supla de los merecimientos y virtudes de Jesucristo y de sus Santos. Y de esto mismo nos podemos ayudar para el hacimiento de gracias, como luego diremos en el capítulo siguiente; y tratánd de la oración dimos tambien este medio para suplir nuestras faltas (2).

Con estas ú otras semejantes consideraciones habemos de despertar en nosotros la actual devoción con que los Santos dicen que nos habemos de llegar á la Sagrada Comunión, unas veces con unas y otras con otras, como cada uno mejor se hallare; pero háse de advertir que, para prepararnos de esta manera y hacer en esta parte lo que debemos, es menester que tomemos algún tiempo para gastar en ello. Nuestro P. San Francisco de Borja, en el tratado que hace de la preparación para la sagrada Comunión, pone tres dias antes para prepararse y tres dias despues para hacimiento de gracias, y da muchas consideraciones y ejercicios en que se ocupen estos dias; y seria ese un medio muy bueno para andar toda la semana y toda la vida devotamente.

(1) Jam, vere omnibus caeli civibus appares in eo ornato, quem tibi petisti. Blos. ubi supra.
 (2) 1 p. trat. 5, cap. 19.

tos y recogidos, parte con la esperanza de recibir tan gran Señor, parte con la memoria del beneficio recibido. Porque solo pensar mañana tengo de comulgar ó acordarme que hoy ó ayer comulgúe, basta para traer recogido el corazón; pero si no fuere tanto como eso el tiempo que tomáremos para esta preparación, á lo menos es razón que aquella mañana que uno ha de comulgar, gaste la oración ó parte de ella en alguna ó algunas de las consideraciones dichas. Y ayudará mucho que la noche antes de la comunión, cuando nos vamos á acostar, sea con aquel cuidado y pensamiento que tengo de comulgar mañana; y cuantas veces despertáremos sea con el mismo pensamiento. Y á la mañana, apenas habemos de haber abierto los ojos, cuando ya estemos abrazados con el mismo pensamiento. Porque si para la oración de cada día pide esto nuestro Padre en las advertencias que para ella da (1); ¿cuánta mayor razón será que se haga el dia que habemos de recibir tan alto Sacramento?

CAPITULO VII.

De lo que habemos de hacer despues de recibido este divino Sacramento, y cuál ha de ser el hacimiento de gracias.

Asi como antes de comer suele ser provechoso algún ejercicio corporal que avive el calor natural, así lo es antes de la comunión tener algún ejercicio de la meditación y consideración que avive el calor del alma, que es la devoción y amor, de lo cual habemos ya dicho. De la misma manera, sobre comida tener un rato de conversacion es cosa muy saludable, y lo será tambien despues de esta divina comida; y de es-

(1) Ignat. lib. *Exercit. spiritual. in Additionibus primae Hebdomadae*.

to trataremos ahora. Este es el mejor tiempo para negociar con Dios y para abrazarle dentro de nuestro corazón. Y así es razón que nos sepamos aprovechar de él y que no dejemos pasar en valde ni una partecica de él, conforme á aquello del Sabio: "No seas defraudado del buen dia; y ni una parte de este buen don se te pase (1)." En lo que se ha de gastar este tiempo, ha de ser en algunas consideraciones y afectos semejantes á los que dijimos que habian de preceder á la sagrada Comunión. Y particularmente nos habemos de ocupar, lo primero, en alabanzas y hacimiento de gracias por todos los beneficios recibidos, y señaladamente por el beneficio inestimable de nuestra redención, y por este que aqui nos hace el Señor, dándonosos á sí mismo y entrando en nuestras entrañas. Y porque nosotros no sabemos, ni podemos dar las debidas gracias por tan alto beneficio, para suplir nuestra insuficiencia habemos de ofrecer al Señor todas las gracias y alabanzas que le dieron y dan todos los serafines y coros de los ángeles desde el principio del mundo, y todos los Santos bienaventurados mientras vivieron en el mundo, y mas principalmente las que ahora le dan en la gloria y las que le han de dar por toda la eternidad, y juntar nuestras voces con las suyas, deseando alabarle con los corazones y lenguas de todos (2); y convidar á todas las criaturas á que nos ayuden á lo mismo (3). Y porque ni aun todo eso llega á lo que se debe á Dios, porque es mayor que toda alabanza, habemos de querer y estarnos holgando y regocijando de que él se ame y alabe á sí mismo, que

(1) Non defrauderis a die bono. Et particula honi doni non te praetereat. Eccl. XIV, 14.
 (2) Cum quibus, et nostras voces ut admitti jubeas deprecamur. Praef. Mis.
 (3) Magnificate Dominum mecum, et exaltemus nomen ejus in idipsum. Ps. XXXIII, 4.

solo se puede amar y alabar bastantemente.

Lo segundo, habemos de ocupar este tiempo en actos de amor de Dios; porque aqui principalmente há lugar el ejercicio de aquellas santas inspiraciones, que no son otra cosa que unos actos amorosos y unos deseos entrañables de aquel sumo bien, cuáles eran los del Profeta, cuando decia: «Amete yo, Señor, fortaleza mia (1).» «Asi como el ciervo, herido de los cazadores, desea las fuentes de las aguas, asi mi ánima, herida de amor, desea á ti, Dios mio (2).»

Lo tercero, habemos de ocupar este tiempo en peticiones; porque es muy propio tiempo para despachar nuestros negocios y alcanzar mercedes de Dios. De la reina Ester cuenta la Sagrada Escritura (3) que no quiso declarar al rey Asuero su peticion, sino pídele que sea su convidado y que allí se la declarará. Hácese asi y allí alcanzó todo lo que pidió: asi aqui en este convite, donde el Rey de los reyes es nuestro convidado, ó por mejor decir, nosotros suyos, alcanzaremos todo lo que pidiéremos, porque llegamos en buen dia (4) y en buena coyuntura. Y podemos decir lo que Jacob, luchando con Dios, dijo: «No os dejaré, Señor, si primero no me dais vuestra bendicion (5).» Cuando entrastes en casa de Zaqueo dijistes: «Hoy ha venido la salud á esta casa (6);» decid ahora, Señor, otro tanto de esta casa donde habeis entrado: «Sea hecha hoy salud en mi ánima (7).» Aqui habemos de pedir á Dios perdon de nuestros pecados, fortaleza para vencer

(1) Diligam te, Domine, fortitudo mea. Ps. XVII, 1.
(2) Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus. Ps. XLII, 2.
(3) Esther V, 8; VII, 3.
(4) In die enim bona venimus. I. Reg. XXV, 8.
(5) Non dimittam te, nisi benedixeris mihi. Gen. XXXII, 26.
(6) Hodie salus domui huic facta est. Lucae XIX, 9.
(7) Dicit animae meae salus tua ego sum. Ps. XXXIV, 3.

nuestras pasiones y resistir á las tentaciones; gracia para alcanzar las virtudes, la humildad, la obediencia, la paciencia, la perseverancia; y no solamente ha de pedir uno para sí, sino ha de rogar á Dios por las necesidades de la Iglesia, generales y particulares, por el Papa, por el rey y por todos los que gobiernan la república cristiana, en lo espiritual y temporal, y por otras personas particulares, á quien tiene obligacion ó devocion, á manera que lo hacemos en el Memento de la misa, y diremos despues (1).

CAPITULO VIII.

De otra manera de accion de gracias.

Algunos dan gracias despues de la Sagrada Comunión, de la manera siguiente: imaginan y consideran á Cristo nuestro Señor dentro en sus entrañas como en un estrado ó sitial, y llaman á todas sus potencias y sentidos para que le reconozcan y reverencien por su Señor y su Rey; á la manera que acá, cuando uno hospeda en su casa alguna persona principal, suele llamar á todos sus hijos y allegados para que le reverencien y reconozcan. Y con cada uno de sus sentidos y potencias hacen tres cosas: la primera, darle gracias porque les dió aquella potencia ó sentido; la segunda, acúsanse y duélense de no haberle empleado en aquello para que el Señor se le dió; la tercera, piden favor y gracia para enmendarse de ahí adelante; y es muy buena y provechosa manera de dar gracias. Y en efecto, es el primer modo de orar de los tres que nuestro Padre pone en el libro de los Ejercicios Espirituales (2).

Otros, imaginándose enfermos en todos

(1) Cap. XV.
(2) S. P. N. Ignatius, lib. Exercit. spirit.

sus sentidos y potencias, como Cristo es médico que sana todas las enfermedades (1), le llevan por todas ellas, como al médico por las enfermerías, pidiéndole: «Señor, mirad estos mis ojos enfermos, esta lengua, etc., y compadeceos de mí, y sanadme (2); ten misericordia de mí, Señor, porque estoy enfermo: sana á mi alma que pecó contra tí (3).»

Adviértase aqui que, para ejercitarnos en estos ejercicios y en otros semejantes, en este tiempo, no es menester fingir la composicion de lugar, ni buscarla fuera de nosotros, pues tenemos presente y dentro de nuestro pecho al mismo Jesucristo, no solamente quanto á la presencia de su Divinidad, la cual está en todo lugar, sino tambien quanto á la presencia de su santísima Humanidad, la cual está realmente en nuestras entrañas por todo el tiempo que duran las especies sacramentales, que es por todo el tiempo que durara la sustancia del pan, si allí estuviera: pues si el mirar una imagen de Cristo nos recoge para tener oracion, ¿qué será mirar al mismo Cristo, que está aqui presente, no en dibujo como en el Crucifijo, sino en su propia persona? Y así, cada uno se ha de convertir á sí mismo, considerando dentro de sí á Cristo, como lo hacia la Santísima Reina de los Angeles cuando le traía en sus entrañas, y tratar allí con su Amado, diciendo con la Esposa: «Hallado hé al que ama mi ánima: téngole, no le dejaré (4).»

Para que nos animemos á detenernos y gastar mas tiempo en el hacimiento de gracias, nos podrá ayudar una cosa que

(1) Qui sanat omnes infirmitates tuas. Ps. CIII, 3.
(2) Domine, veni, et vide. Joann. XI, 34.
(3) Miserere mei, Domine, quoniam infirmus sum; sana animam meam, quia peccavi tibi. Ps. VI, 3.—Ps. XL, 5.
(4) Inveni quem diligit anima mea: tenui eum, nec dimittam. Cant. III, 4.

dicen aqui los teólogos (1); y es, que por todo el tiempo que duran las especies sacramentales y la real presencia de Cristo en nuestro pecho, mientras mas uno se ejercitare en semejantes actos, recibirá mayor gracia, no solamente por el mayor mérito de los actos que llaman *Ex opere operantis*, sino *Ex opere operato*, por la virtud del Sacramento, de la manera que decíamos tratando de la disposicion (2).

De lo dicho se verá cuán mal hacen los que dejan perder este tiempo en que tanto podian ganar; y en acabando de recibir tal huésped en su casa, luego le vuelven las espaldas, y apenas ha entrado él por una puerta, cuando ellos se salen por otra, dejándole, como dicen, con la palabra en la boca. Si acá tendríamos por muy mala crianza recibir en su casa un huésped de respeto, y despues de recibido, no le hablar, ni ofrecer servicio alguno, ¿qué será á un tal huésped como este?

De la gloriosa virgen Margarita, hija del rey de Ungría, cuenta Surio, que cuando habia de comulgar, el dia antes no comia mas de pan y agua, en reverencia de aquella comida y manjar celestial que esperaba, y luego toda la noche entera pasaba en oracion; despues de comulgar gastaba todo aquel dia en rezar y orar, hasta la noche, que tomaba alguna poca de comida.

CAPITULO IX.

Del fruto que habemos de sacar de la sagrada Comunión.

Las virtudes y efectos admirables que los Santos declaran de este divino Sacra-

(1) Cayet. Gab. Major. Paludanus, et alii quos refert P. Fr. Suarez, tom. 3, in 3 part. disput. 63, sect. 7, dicens esse valde probabile.
(2) Cap. III.